Obra sin título

Aspirante A Alguna Meta

Image not found.

Capítulo 1

"Las palabras cuentan historias que nos emocionan y nos hacen soñar. Deseas conocer el final pero no quieres que acabe. Alguien llama a tu puerta y tú vuelves a la realidad. ¿Quién será? ¿Por qué me arranca de mi historia? Vences a la inmensa atracción que te une al libro como un imán. La puerta sigue sonando pero tu mente sigue cautivada por él. Abres la puerta. Sonríes, mostrándote amable. "Lo siento señor. Es la casa de al lado ". Tras un "gracias" y un "disculpe las molestias", cierras la puerta y subes, de nuevo, a la habitación. No puedes esperar más. Te abalanzas sobre el libro como un depredador. ¿Qué va a pasar? Lo abres y, ante ti, páginas de suspiros."

"Y es que es verdad lo mucho que molesta que te interrumpan cuando estás leyendo" - piensa Ania- "Hablando de interrupciones, ¿donde están las mías?"

Ania es una chica de 17 años a la que le apasiona la lectura. Hace tiempo comenzó a leer un blog que encontró por casualidad en Internet, "Pequeña Soñadora". Bueno, hay miles de blogs que se llaman así y, quizá, es un nombre demasiado cursi pero ella lo encontró porque quería aspirar a alguna meta, aunque aún no sabía a cuál, y desde que lo lee se siente muy identificada con todo lo que escribe la autora del blog.

Justamente ahora, se acaba de percatar de que lleva demasiados minutos leyendo sin que nadie entre a su habitación ni la llame por teléfono. En realidad, todos están acostumbrados ya a que ella se encierre allí y tarde bastante tiempo en salir. Y es que, la habitación de Ania es el lugar más entrañable de la casa aunque no siempre está muy pulcro y ordenado. En su habitación, ella se evade de todo, es su rincón especial. No es muy grande pero lo suficiente para ser una gran biblioteca de sueños, y es que tiene tres estantes, una mesita y dos o tres cajones llenos de esos libros "gordos" que a mucha gente le dan pánico, esos que ella puede leer en solo dos o tres días o, algunos, en una noche. Es verdad que cuando disfrutas de lo que haces pierdes la noción del tiempo y ella es así.

Ania baja a la cocina y encuentra una nota de su hermano, Alan, con el cual vive desde que sus padres tuvieron que mudarse a California, hace un año, por razones de trabajo y, tras muchas súplicas, le permitieron quedarse en España con su hermano, de 26 años. Al parecer, Alan ha tenido que acudir a una reunión de la empresa publicitaria donde trabaja y le dice que no le espere para cenar, ya que volverá tarde. A Ania le entristece que, el "sábado de película" que llevaban preparando toda la semana, no vaya a celebrarse, sobre todo porque son ese tipo de momentos que ambos se divierten en los que se relaja y deja de pensar en lo destruido que está su corazón, en lo arrepentida que está de tantas decisiones que no tomó bien, y en lo que le gustaría tener tan solo una

pizca de talento para escribir.

En ese momento, su teléfono suena."Número desconocido". Debe ser Gabriel, un chico al que conoció hace unos meses en el metro. Gabriel es de esos chicos que suelen pasar desapercibidos para la mayoría de la gente, porque se gana la vida tocando y cantando en el metro o en las calles, ya que escapó del orfanato cuando cumplió 17. Ahora, Gabriel tiene 20 años y, aunque el sonido de su clarinete es tan dulce y melodioso que podría dormir a una manada de fieras hambrientas, nadie suele detenerse a apreciar todo el sentimiento que pone en la música, ni siquiera las letras de las canciones tan hermosas que escribe él mismo. Ania, un día, lo hizo y desde entonces, cuando Alan no está en casa, lo invita a tomar algo y a tocar juntos algunas piezas porque, no mucha gente lo sabe, pero ella hace años que toca el violín y es algo que jamás dejará de amar. El problema es Alan. Aunque sea un buen hermano, bondadoso, simpático, cariñoso y respetuoso, no ve nada bien el hecho de que su hermana se relacione con Gabriel porque piensa que ella debería tener amigos que fueran normales, de su edad y, sobre todo, que tuvieran un techo donde vivir que no fuera una vieja pensión abandonada donde poder contraer todo tipo de enfermedades. Pero Ania no puede acatar la única norma que su hermano le impone porque ella conoce cada rincón del corazón de Gabriel, un corazón que, al igual que suyo, lleva tiempo destrozado. Y porque son dos piezas de un puzle que encajan como si las hubieran medido con la mayor precisión posible al fabricarlas. Así que contesta, como a cada llamada que recibe, esperando que sea él.

- ¿Si? -pregunta esperanzada, Ania.

- Necesito una violinista- escritora a domicilio. - Dice el chico en tono jocoso. Ania sonríe al instante sin siquiera darse cuenta. Ya es un acto reflejo cada vez que habla con él o lo mira a sus hipnotizantes ojos negros.- ¿Está tu hermano en tu casa?

- Hola, clarinetista. Pues no, me prometió que esta noche veríamos un maratón de películas pero, para variar, no ha cumplido su promesa.- contesta la chica tristemente.

- Vaya, por cómo lo dices se nota que tenías ganas de ese maratón pero igual yo puedo alegrarte un poco. Traigo algo para ti, ¿me abres la puerta?

Ania corre apresuradamente hacia la entrada, abre al chico y, tras un abrazo, lo invita a pasar al calor de la chimenea del salón. Gabriel podría ser el chico más pobre del mundo pero, no sabía cómo, cada vez que lo veía parecía estar más guapo. "El problema, sin duda, es que nadie tiene tiempo a detenerse y mirar bien a su alrededor"- piensa Ania, que entra, tras Gabriel, y se acomoda a su lado en el sofá. El chico deja su clarinete y su desgastada mochila en el suelo y saca de su raído y roto abrigo un

pequeño paquete envuelto que le entrega a la chica. Ania lo abre, sin decir ni una palabra, y no puede salir de su asombro cuando encuentra, bajo el papel, un precioso colgante con un diminuto violín tallado en madera. Gabriel la observa expectante y, como ella no dice nada, decide ser él quien rompa el incómodo silencio.

-¿No te gusta? - pregunta con pudor. Ania lo mira fijamente a sus preciosos ojos negros pero aun no puede creer que alguien que consigue con esfuerzo y sudor cada día unas monedas con las que sobrevivir pueda gastarse todo, con las consecuencias que eso le trae, para hacerle algo a ella. A ella, esa chica que pasa desapercibida y a la que no mucha gente tiene en cuenta.

- Me encanta, de verdad, pero esto no es justo ni para ti ni para mí. - el chico la mira decepcionado y agacha la cabeza. Ella se da cuenta y le coge delicadamente la barbilla obligándolo a que la mire.- No es justo que renuncies a comer por hacerme a mí un regalo. Yo no hecho nada para merecer que hagas esto por mí. - Gabriel sonríe. Le coge las dos manos uniéndolas y protegiéndolas en las suyas y, sin pensárselo dos veces le responde.

- Tú has sido la única persona que me ha mirado, que ha mirado más allá de mi apariencia, a la que no le da asco que alguien como yo se le acerque y, sobre todo, que me ha querido conocer. Tú mereces esto y más, aunque yo no pueda dártelo.

Ania no puede evitar emocionarse al escuchar estas palabras, lo abraza y le agradece mil veces ese cariño que le tiene, un cariño que solo sus mejores amigas y su hermano, en ocasiones, le han dado. Tras esto va a la cocina e invita a cenar a Gabriel pues piensa que es lo mínimo que puede hacer por él y, cuando acaban, se quedan unos minutos en silencio, mirándose a los ojos y ambos pronuncian las mismas palabras en el mismo instante: "¿Alegramos al tiempo?". Compenetración máxima, sus corazones están conectados y, para ellos, "alegrar al tiempo" es hacer magia con su música, un dúo de clarinete y violín, poco usual pues no muchos saben apreciar la maravillosa música resultante de estos dos instrumentos sonando a la vez. "Alegrar al tiempo" es para ellos detenerlo, hacer que se detenga para escucharlos, que el tiempo baile al compás de su música y ellos sientan que su música alegra, emociona, que juntos son la armonía perfecta. Y, en el cuarto de Ania, la armonía comienza a nacer. Tocan durante horas, pierden la noción del tiempo pues, ahora, es solo suyo, les pertenece o, mejor dicho, pertenece a su música. Pero eso es solo real en el cuarto de Ania pues, tras la puerta, la realidad no deja que el tiempo frene y Alan llega a casa, cansado después de cuatro horas debatiendo sobre un nuevo producto. Se dirige al cuarto de su hermana y aguarda en la puerta sonriendo al escuchar la maravillosa música que cree que está escuchando en un CD Ania. Abre la puerta para avisarla de que ya ha llegado. Dentro de la habitación el

movimiento de apertura de la puerta es eterno y a la vez fugaz, pues ambos chicos saben que ese será su final, el final de su armonía, el final de su felicidad. Ania. Gabriel. Alan. Silencio.

Y es aquí donde yo, Ania, quiero dejar de plasmar mi historia porque fue justo aquí donde me di cuenta de que los finales no siempre son felices para todo el mundo, a diferencia de los de los libros. No es fácil caminar en la vida mirando atentamente a tu alrededor, pero merece la pena abrir los ojos y ver el mundo que la monotonía y la rutina, que el desprecio y los escrúpulos sin sentido, sin conocimiento, no nos dejan ver. Merece la pena detenerse a mirar los corazones de otras personas que pasan desapercibidas y abrir los nuestros para ellos, detener el tiempo para nosotros. Merece la pena ser diferentes.

El cómo termina este pedacito de mi vida, es otra historia que igual cuente alguna vez en otro libro pero puedo asegurar que, ahora mismo, no me arrepiento de nada, ya no me arrepiento de mis decisiones, ya no tengo el corazón destrozado. Yo encontré la armonía, mi armonía. Y, con ella, mi felicidad.